

RECIBIDO / RECEIVED 1 de abril de 2024

ACEPTADO / ACCEPTED 9 de julio de 2024

PÁGINAS / PAGES De la 8 a la 11

ISSN / ISSN 2386-2912

Ser finito, ser eterno. Intento de un ascenso al sentido del ser

Autor / Author

Stein, Edith

Editorial / Publishing company

Encuentro, Madrid, 2024, 504 pp.

Quizá estemos ante la publicación más importante de Edith Stein en el conjunto de su considerable obra. Es siempre un gesto valiente y de agradecer la reedición de este tipo de obras y, en concreto, *Ser finito, ser eterno*, que tiene tanto que aportar al pensamiento del siglo XXI, en concreto a la metafísica, de la que hace una seria reivindicación.

Las ediciones y traducciones más relevantes de esta obra al español han sido hasta ahora la edición de 1994 a cargo del Fondo de Cultura Económica de México, cuyo traductor fue Alberto Pérez Monroy OCD, que también participó junto con José Mardomingo y Constantino Ruiz en la traducción de las *Obras Completas* de Edith Stein, y por consiguiente de *Ser finito, ser eterno*, publicadas en 2007 por Editorial Monte Carmelo. Así pues, la traducción en estas dos ediciones son prácticamente la misma. En esta nueva edición de la editorial Encuentro, dieciséis años después de la publicación de las *Obras Completas* de Stein, la traducción está a cargo de Mariano Crespo.

La esencia del contenido de la obra se respeta, a pesar de las dificultades a la hora de traducir algunos términos alemanes que no tienen traducción exacta al castellano y, si la comparamos con las ediciones anteriores, hallamos una traducción más castellanzada; especialmente, en las estructuras de las frases y en el sentido de estas.

Advierto un aspecto de mejora. Se trata de las citas de otros autores que aporta Stein y que en esta edición no las separa del resto del cuerpo del texto. Esto hace que no resalten y de cara al orden de la propia obra y su uso en aras de la investigación, hace más engorroso su uso.

Tras la profesión religiosa de Stein en el Carmelo, el padre provincial considera poco sensato no permitir a Stein que siga desarrollando su labor intelectual. Le encargó escribir *Acto y Potencia*, que le costó mucho redactar por no sentirse bien formada en la tradición escolástica. Esta obra será el germen de *Ser finito, ser eterno*.

Stein no estaba satisfecha tras las revisiones de *Acto y Potencia*. Necesitaba profundizar más en la escolástica y en el pensamiento de santo Tomás de Aquino e integrarlo en su formación fenomenológica. Es notable el comienzo del prólogo a cargo de la autora: «Este libro está escrito por una principiante para otros principiantes» (p. 25).

Tras muchos obstáculos y dificultades hasta 1950 no saldrá a la luz la primera edición alemana a cargo de la editorial Nauwelaerts-Herder. Se trata, pues, de una publicación *postmortem*, pues la autora murió en 1942.

El punto de partida de la autora en esta obra es la *cuestión del ser* basándose en la propuesta tomista de distinción entre la posibilidad —potencia— y la realidad o acción —acto—. «¿Hay en Dios potencia?» (p. 31). A partir de este momento se observa un auténtico y vertiginoso intento de entrelazar el neotomismo con la fenomenología.

La pregunta sobre si hay o no potencia en Dios le permite llegar al doble significado que se revela en potencia y acto pues «si se aceptara un único sentido de ser y si acto y potencia fueran pura y simplemente idénticos también sería imposible decir que hay algo que es más o menos acto y que está más o menos lejos de ser primero» (p. 62). Nada se puede decir idénticamente de Dios respecto a las criaturas, por consiguiente, la relación solo será posible como *analogía entis*, por la analogía del ser.

Santo Tomás recoge la pregunta que subyace constantemente en la *Metafísica* de Aristóteles: ¿qué es el ente, la *ousia*? Y es aquí donde hace un aporte nuevo: la distinción en el ser (*esse*) y la esencia (*esentia*), «el ser —dirá Stein— en cuanto tal —distinto de aquello que es— fue comprendido por primera vez; y, ciertamente, de tal manera que tanto el ser finito como el infinito estaban incluidos, así como el abismo que separa a ambos. A partir de ese momento se abría el camino para comprender toda la multiplicidad del ente» (p. 34).

Una de las cuestiones más interesantes que presenta Stein en esta obra es plantear el sentido y la posibilidad de una filosofía cristiana. Este es un obstáculo aún mayor que el del lenguaje en cuanto a la discusión de la filosofía escolástica con la moderna; la diferencia entre el plano de la fe y el saber, entre filosofía y teología, algo de lo que no encontramos acuerdo ni los propios pensadores católicos.

Stein defiende que según Tomás de Aquino «existe un camino y un campo de trabajo comunes para todos los que buscan la verdad, es asimismo claro que para el saber y creer, filosofía y teología, no están separados uno de otro como si no tuvieran nada que ver» (p. 43). Esto no es otra cosa que la propuesta de que ambas ciencias trabajen juntas, pues su objeto es la verdad.

La filosofía, en cuanto ciencia del ente y del ser en sus últimas causas y fundamentos es algo esencialmente incompleto y, por esta causa, abierta a la teología; dirá por lo anterior Stein que «una “filosofía cristiana” considerará como su tarea más noble el preparar el camino a la fe» (p. 56).

En el capítulo III, Stein abre un vertiginoso camino relativo a la cuestión en el ser *no siendo-siendo*, esto es, a la *realitas*, desde siempre objeto último de la filosofía en tanto que finitud, inmerso en lo temporal por el doble rostro del ser como sucede asimismo en el *logos* creador de todo. Se basará en tres aspectos fundamentales:

1. *El espíritu humano tendido entre finitud e infinitud*. Parte del binomio ser y no ser basándose en la certeza del «yo soy» en cuanto «yo siento», que no es el «*cogito ergo sum*» de Descartes, sino que apela a un conocimiento más originario y del que no es posible ir más atrás. Stein reconoce el ser y el no ser como ideas que se descubren por el espíritu humano desde uno mismo, que surgen en un ser finito que sufre estados de actualidad y potencialidad.
2. *La temporalidad del yo y la eternidad*. Mi yo, el ser del que soy consciente, no puede estar separado de la temporalidad. Como ser en presente, en actualidad, es un ahora. No obstante, y a pesar de su deambular entre el ser y no ser, entre el ser en acto y en potencia, se deja ver la idea del ser puro, que no hay en él nada de no-ser porque no es temporal sino eterno.
3. *«doble rostro» del ser y su origen en Dios Trino y Uno*. Según Stein, el nombre más adecuado para Dios es «*Yo soy el que soy*» (p. 85). El yo finito «frente al ser completo, el “acto puro”, el ser “actual” del yo aparece como una imagen débil e infinitamente distante... Si caracterizamos al ser real como acto, entonces el acto puro en cuanto ser completo, inmutablemente eterno... contrastará con los actos finitos en cuanto a imágenes infinitamente débiles en grados diferentes» (pp. 81-82). No obstante, ante la posibilidad de no-ser del yo finito, se abre con toda seguridad que «*soy y soy mantenido en el ser* de momento en momento, y en mi ser fugaz abrazo a un ser que perdura. Me sé sostenido y en ello tengo descanso y seguridad; no la seguridad propia de quien se mantiene en tierra firme por su propia fuerza, sino la dulce y bendita seguridad del niño llevado en brazos fuertes; una seguridad que, objetivamente considerada, no es menos racional» (pp. 82-83).

Pero ¿cómo llega el yo a ver en el ser eterno la fuente o el organizador de su propio ser? «La nada y la fugacidad de su propio ser se hace clara al yo cuando al pensar se apodera de su propio ser e intenta bajar a su terreno [...] también toca sus fundamentos a través de la angustia, la cual acompaña al ser humano irredento a lo largo de la vida con muchos disfraces (como miedo a esta cosa o a la otra), pero en el fondo como angustia de su propio no ser, y lo pone ante la nada» (p. 82). Vemos aquí la influencia del filósofo Martin Heidegger, cuando desarrolla el concepto de angustia en su obra *Ser y tiempo*, como trampolín hacia el descubrimiento del ser infinito.

Para Stein hay «un doble significado del ser de lo finito en lo eterno: todo “sentido” es abarcado por el intelecto divino y todo ente tiene su fundamento arquetípico y causal en la esencia divina» (p. 137).

La Trinidad es la máxima unión en la diferencia y es imagen en todas las criaturas, de modo singular en la reciprocidad entre el varón y la mujer. Para lo anterior, Stein aplica el principio aristotélico-tomista de la *analogía proportionalis*, «lo que nos permite hablar de “ser” en Dios y en la criatura es una analogía proporcional» (p. 328).

La vida interior, según Stein, lleva en sí misma el sello de la Trinidad. El espíritu humano es, por excelencia, la imagen del Espíritu Santo. La vida espiritual del hombre es triple y trinitaria

en cuanto espíritu, amor y conocimiento como tres y uno (p. 426) la memoria, intelecto y voluntad (p. 433). Y sigue explicando que «el autoconocimiento nace del espíritu como el Hijo nace del Padre».

En definitiva, el original y fascinante planteamiento de Edith Stein en esta obra relativa a la cuestión del ser a través del ascenso al sentido del ser y su origen último trino y uno, la autora responde con acierto al esclarecimiento del espíritu humano finito, anticipado y sostenido por el Espíritu Infinito. ■

ABAD BAYO, Ismael

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid, España